que la reina de Sabá hizo al sapientísimo monarca:

«Hizo tambien—dice—el rey Salomon, doscientos escudos de oro finísimo, dió seiscientos siclos de oro para las planchas de cada escudo.»

«Y trescientas rodelas de oro de ley: trescientas minas de oro cubrian cada rodela: y púsolas el rey en la casa del bosque del Líbano.»

«Hizo tambien el rey Salomon un grande trono de marfil y lo guarneció de oro muy amarillo.»

«El cual tenia seis gradas: y lo alto del trono era redondo por el respaldo: y dos brazos uno de un lado y otro de otro sostenian el asiento: y habia dos leones cerca de cada brazo.»

«Y doce leoncillos que estaban sobre las seis gradas de uno y otro lado: no fué hecha obra semejante en ningun otro reino.»

«Y todas las copas, en que bebia el rey Salomon, eran tambien de oro: y toda la vajilla de la casa del bosque del Líbano era de oro purísimo: no habia plata ni se hacia ningun aprecio de ella en tiempo de Salomon.»

Con esta cita del Libro de los Libros se despide de tí hasta otro dia tu amigo afectísimo que se te encomienda y tus piés besa.—F.

CARTA SEGUNDA.

El Occidente en la antigüedad.—Grecia.

Amiga mia: En son de burla me has dicho alguna vez que, si por azar volviesen para nosotros los tiempos de Pericles, seria capaz de dar al olvido patria, familia y amigos y de pedir el derecho de ciudadanía á la Atenas artística de entónces. Exagerada estás con ello, aún cuando bien he de perdonártelo, ya que mis exclamaciones de admiracion y asombro al hablar del arte y de la poesía griega podrian ofrecer fundamento para imaginar semejante cosa. No es así, empero y no lo es porque tengo por cierta, ciertísima, por muy verdadera la moraleja de un cuento que aprendí, aunque no acierto á recordar donde. Eranse en la India dos prójimos, de dos castas principales y uno de ellos gran señor por añadidura. Envidiaba á éste el segundo sus riquezas, su grandeza, su felicidad en una palabra, por donde concibió el gran señor una idea que realizó valiéndose de no sé qué medios sobrenaturales. Un dia en que le hablaba su compañero en los términos que he indicado, cátate que le dijo que iba á satisfacer su capricho y en un santiamen trocó las almas, pasándolas de un cuerpo á otro. Pero apenas el ménos

favorecido tuvo su alma en el cuerpo del que lo era más, notó con espanto que no encajaban—como si dijéramos—y que á pesar de los esplendores, del fausto, del oro, de todas las venturas terrenales se hallaba incómodo suspirando por volver á su pristina habitacion, á la que correspondia con su alma y con ella concordaba en todas sus partes. Nuevos ruegos del desengañado produjeron un nuevo trueque que devolvió á los dos compañeros su natural asiento. Quiero probar con esto—y así lo habrás entendido — que en el cuerpo de Atenas antigua, con ser de forma preciosísima y con disponer de los mayores atavíos, no habia de hallarse mi alma á sus anchas, aún cuando lo admirase y lo celebrase por todo extremo, como voy á hacerlo en esta carta, cuya prefacion te parecerá ya demasiado larga.

Seria casi ridícula ocupacion entretenerme en ponderarte el sentido estético del pueblo helénico. El sentimiento de lo bello, el exquisito enlace de la forma y del fondo, la habilidad de expresar un pensamiento con el número cabal de palabras más gráficas y más adecuadas, el arte de saber hallar en un edificio, en una estátua, en un vaso, en un objeto cualquiera las líneas más típicas y más hermosas, los poseyeron los griegos del siglo de Pericles hasta un punto que pareceria fabuloso si la realidad de los ejemplos no desvaneciera toda suerte de dudas. Las construcciones de las Acropolis en Atenas; los templos helénicos más celebrados y sus teatros; los

bajo-relieves de Fidias en el Partenon y la estátua de Júpiter de oro, marfil y piedras preciosas, admiracion del mundo antiguo; las obras escultóricas de Scopas, Praxiteles y Lisipo, no superadas por ninguna edad, desesperacion de los artistas que aspiran á igualarlas; las tragedias giganteas de Sófocles y Esquilo; y en fin, los poemas de Homero, digna corona de este conjunto de maravillas artísticas, proclaman altamente la sabiduría de las generaciones que en las obras griegas han buscado fuentes de estudio é inspiracion, modelos intachables de buen gusto, de sencillez y pureza en la forma.

Este sentimiento artístico lo puso el pueblo griego en los siglos de oro de su civilizacion, en todas las obras salidas de sus manos. Poco ingenio se necesita para probarlo, puesto que la abundancia de ejemplos hace veces de razonamiento elocuente y deja convencido muy en breve á quien no tiene apagado el corazon y seca la inteligencia. Aún limitándome al círculo estrecho de mis cartas, no será poco lo que te diga acerca de aquel particular y que vendrá en apoyo de mi tésis. La arquitectura griega por sí sola bastaria á hacerla buena. Sencilla en sus líneas como otra ninguna, es severa á veces, elegante otras, gallarda siempre: domina en ella la línea horizontal, la construccion en platabanda, miembro arquitectónico á manera de faja, ancha y plana. El arquitecto romano Vitruvio explanó la teoría admitida por los críticos, de que el estilo griego, al realizar en

piedra templos y edificios de toda clase, tuvo presente é imitó la construccion en madera. Los árboles que se plantan en el suelo, dieron orígen á las columnas; así como el grueso del árbol disminuye desde el pié á la cima, así tambien fué en disminucion el frente de la columna; el capitel reforzó el extremo del mástil para imprimirle mayor solidez y á fin de que pudiera sustentar mejor los maderos que se colocaran encima para echar la cubierta; en este madero, que se llamó *arquitrabe*, se sujetaron las transversales, las vigas, cuyas cabezas al asomar al exterior dejaron los espacios que la arquitectura llamó *triglifos* y *metopas*; dos maderos formando ángulo se colocaron en las fachadas principal y posterior con el fin de dar pendiente á la cubierta y el espacio que quedó dentro del triángulo trazado por ellos y por el arquitrabe se llamó *fronton*, como se llama aún en el dia. El papel que estas partes representaron en los edificios de Grecia te lo dirá el hecho de que con ellas se formaran tres estilos ú *órdenes*, apellidados

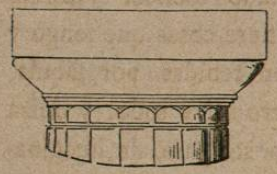

Fig. 9.

Fig. 10.

dórico, jónico y *corintio*. Ahí van dibujos de los tres para que, sin necesidad de largas explicaciones, formes concepto de cada uno de ellos (figs. 9, 10 y 11). Sobre su orígen el citado escritor Vitruvio refiere cosas que tengo y son tenidas por fábula, pero así y todo, y quizá por ser parto de imaginacion de poeta, dicen de una manera gráfica sobre su carácter y proporciones algo que no debe ser olvidado ni mucho ménos despreciado.

Fig. 11.

Cuenta por ejemplo Vitruvio, que Dorus hijo de Heleno, rey de la Acaya y del Peloponeso inventó el órden dórico; que las colonias del Asia trataron de alzar un templo á Júpiter Peonio y que, no sabiendo los arquitectos qué proporcion dar á sus columnas, acudieron al estudio de las del cuerpo del hombre y las aplicaron á aquel miembro arquitectónico. Los jonios del Asia por su lado se propusieron tambien construir un templo, que se cree fuera el de Efeso, é imitaron en su alzado las proporciones esbeltas de la mujer, naciendo de este acuerdo el *órden jónico*. A Calímaco, arquitecto, pintor y escultor que floreció sobre el año 450 ántes de Jesucristo, se atribuye la invencion del *órden corintio* y he

aquí cómo se cuenta su nacimiento. Una hermosa jóven de Corinto que estaba á punto de casarse murió subitamente, y la nodriza recogió todos los objetos que eran caros á la difunta, los metió en una cestilla y puso á ésta sobre el sitio en donde la doncella habia sido enterrada. Para preservar á la cesta y á los objetos de la intemperie los abrigó con una doble teja, al rededor de la cual creció en breve una planta de acanto que con sus hermosas hojas rodeó el modesto monumento. Calímaco vió esta graciosa combinacion y á su semejanza trazó el rico capitel corintio. *Se non é vero, é ben trovato*—como dicen los italianos—y la verdad del caso es que estas fábulas dan idea de la severidad del órden dórico, de la esbeltez del órden jónico y de la elegancia del órden corintio.

Y hecha esta indicacion, que estimo esencial por ser los llamados tres órdenes de arquitectura la característica del estilo helénico, vengamos al fin primordial de mi tarea. No me detendré en hablarte de la casa griega como lo haré en la epístola siguiente con la casa romana. La razon es óbvia y con sólo apuntártela la comprenderás inmediatamente. Tiénense de la casa romana monumentos que permiten estudiarla en sus menores partes y detalles, al paso que las escavaciones practicadas hasta el dia en Atenas y en otros sitios no han revelado aún por completo el plan de la casa griega. Cualquier tentativa hecha para precisar y describir su disposicion

puede únicamente fundarse en pasajes más ó ménos explícitos sacados de diversos autores. Aún cuando así á bulto se asemejáran las casas de Grecia, á las de Roma, Pompeya, etc., existian sin embargo entre ellas diferencias fundamentales. Siguiendo la opinion más general entre los arqueólogos que se han ocupado en el asunto, puede afirmarse que las casas griegas estaban divididas en dos grandes secciones, la primera, llamada *andronitis*, destinada á los hombres, y la segunda que se apellidaba *gineceo* y en donde vivian las mujeres. He de advertirte, empero, que Vitruvio presenta esta disposicion al revés, es decir que el *gineceo* formaria la primera parte de la casa y el *andronitis* la segunda ó del fondo, cosa que no se compadece con la reclusion en que debian estar las mujeres, por cuyo motivo sábios modernos han rectificado del modo que dejo expuesto, la planta trazada por el eminentísimo arquitecto romano. Constituia el centro de ambas secciones un patio con *peristilo* ó columnata, á cuyo alrededor se hallaban las dependencias propias de una casa, como el *triclinium* ó comedor, salas de recepcion, dormitorios etc., cuyos nombres griegos se han conservado y que omito porque nada te enseñarian y los recordarias difícilmente. Omito tambien hablarte con detencion de las referidas dependencias porque lo haré con datos ciertos cuando te describa la casa romana y mucho ó casi todo de lo que allí te diga puedes aplicarlo á los edificios que son objeto de estas líneas (fig. 12.)

Ahí va una apuntacion de un patio ateniense. Lo rodea un pórtico sostenido por columnas dóricas de mármol blanco: las columnas elegantemente estria-

Fig. 12.

das á partir del primer tercio estaban coloridas de rojo en su extremo inferior sin estrias. El resto del fuste ó cuerpo de la columna se hallaba ligeramente

bañado de una tinta amarillenta con motivos de ornamentacion negros y blancos en el abaco del capitel. El arquitrabe compuesto de piezas de madera de cedro, tenia una capa finísima de estuco pintada tambien de amarillo pálido y del friso que corria encima eran componentes los *triglifos* que como te he indicado ántes, venian á señalar los cabos de las vigas transversales de la construccion y las *metopas*, que cogian los espacios intermedios, estucados á su vez y decorados con lindos motivos. El azul claro, color de ordinario empleado en los *triglifos*, hacia resaltar las tintas y entonaciones rojas, negras y blancas sobre fondo amarilloso de los temas de ornamentacion inmediatos. La cornisa aguantaba una canal de tierra cocida colorada que recogia las aguas de la cubierta arrojándolas al patio por medio de agujeros embellecidos con preciosas cabezas de animales. La luz brillante del sol y el azul del cielo se armonizaban á maravilla con aquel colorido claro y transparente que además ponian de relieve los fondos rojos ó de amarillo oscuro de los muros del pórtico. Insistiré de nuevo en hacerte notar el pintoresco efecto que debia producir un patio de esta clase, cuando describa alguna de las casas de Pompeya que una tremenda desgracia conservó para enseñanza de las presentes generaciones. Debo, no obstante advertirte que sean cuales fueren los elogios que dé á la arquitectura romana, por mucho que me entusiasme con sus obras más perfectas, nunca este entusiasmo llegará

á la admiracion que siento por las construcciones griegas del siglo de Pericles, del siglo de oro del arte helénico, porque la pureza de sus líneas, la sencillez sin mezquindad de los elementos, la armonía de los miembros con el todo, la grandeza de este, la belleza por nadie superada de los motivos de decoracion, no se encarecen nunca lo bastante por vivas, por calurosas, por hiperbólicas que parezcan las frases empleadas al intento. Sólo, amiga Teresa, la arquitectura ojival rivaliza con la griega y la iguala y aventaja, consiguiéndolo no con la mayor belleza en la forma, no con la mayor sencillez y severidad de sus líneas generales, sino con un sentido que habla al alma más profundamente y que Ictino y los arquitectos griegos no conocieron por no haber alcanzado los salvadores tiempos de la Buena Nueva.

Asunto de gruesos volúmenes ha sido el tema del color en la arquitectura griega, habiendo discutido mucho los sábios arqueólogos acerca de ello. En las opiniones más acreditadas en la materia está fundada la descripcion que te he dado del patio peristilo ateniense que vá en el dibujo. En los templos y edificios públicos acudian los griegos al bajo relieve para más decorarlos y para hablar de una manera bien sensible á la vista y á la imaginacion del pueblo helénico. Hasta la saciedad me has oido ensalzar los bajo-relieves del Partenon, obra inmortal de Fidias, cuya mayor parte guarda hoy el Museo Británico con vigilancia más escrupulosa que si fueran de oro y

piedras preciosas. Dícese y se cree con excelente fundamento que el fondo de estos y de otros bajo-relieves estaba pintado de azul, con lo que se precisaba la silueta ó perfil de las figuras, que segun personas muy entendidas en el particular, se hallaban coloridas á su vez aunque suavemente, punto más discutido y controvertido que el referente á los fondos de aquellas admirables y admiradas producciones escultóricas. Los plafones que formaban los techos en artesonado se enriquecian á veces con estrellas ó florones de oro, hojarasca, meandros, etc., sobre fondo azul; la materia empleada en ellos era por lo comun cedro ó maderas más ó ménos ricas y mármoles de clases distintas, segun los parajes en donde se habian levantado los edificios.

Los motivos ó temas de decoracion en la arquitectura griega han sido mina inagotable para el arte de todos los tiempos. (figs. 13 y 14.) Su elegancia embelesadora les ha proporcionado esta suerte de continuado triunfo, al través de mil y mil vicisitudes, de cambios en el gusto, de caprichos y extravagancias. Hoy vuelven á estar de nuevo en predicamento, despues de haber transcurrido algunos años en que se promovió cierta reaccion contra la arquitectura *clásica*, al igual que contra las literaturas así llamadas, y que son la griega y la latina, con inclusion de las obras á su semejanza escritas. Clásico vino á ser sinónimo de rancio, de trasnochado, de frio, de insulso y de qué sé yo cuantas cosas más. Ahora se

ha visto que en tal materia lo mismo se puede pecar por exceso que por defecto, y que si fué disparate mayúsculo construir iglesias cristianas como Santa Magdalena de Paris siguiendo la planta y traza del Par-

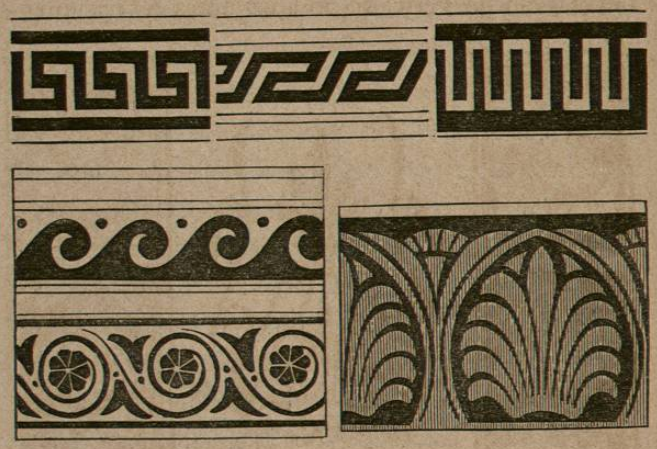

Fig. 13.

tenon, era tambien locura insigne desdeñar las enseñanzas de una arquitectura que ha de ser siempre considerada como modelo vivo en que aprender el arte. Acaso tambien el *neo griego* ó *griego nuevo*—que todo viene á ser uno—de ahora, degenere en vicioso sistema ó en una manera, pero fuerza será confesar que el estudio hecho sobre los monumentos existentes en Grecia ha proporcionado á la industria nuevos temas que dan mayor valor y excelencia á sus productos. Los *meandros* con sus interminables combinaciones,

las *palmetas* tan simples como gallardas y los demás temas que decoraban las casas y que en tanto grado brillan en los cráteres, ánforas y vasos griegos de formas variadísimas, bellas y elegantes todas, son tan simpáticas á la vista en el siglo XIX como lo fueron en el siglo de Pericles 400 años ántes del nacimien-

Fig. 14.

to de Ntro. Sr. Jesucristo. A esta belleza de líneas agréguese la armonía del color, en lo cual debieron ser grandes maestros los artistas helénicos y se comprenderá el porqué en distintas épocas ha resucitado el entusiasmo por la antigüedad griega y por la latina, su hija primogénita.

Las casas particulares de Grecia fueron por lo general muy modestas. Hay que distinguir sin embargo

de épocas, puesto que no fué el mismo el fausto desplegado ántes de la guerra del Peloponeso, que despues de acaecido este suceso histórico. Esparta, por su austeridad de costumbres, se adelantó siempre en sencillez á Atenas, en cuya ciudad el amor al arte y al lujo adquirieron en los tiempos que hemos indicado considerable desarrollo. Así, á cuanto te he expuesto sobre el decorado general de los edificios griegos, he de añadirte que los lienzos de pared estaban cubiertos en muchas habitaciones de preciosas pinturas ó embellecidos por ornamentos esculpidos y dorados. En las distintas piezas de la casa se veian mesas de madera ó mármol ricamente talladas, vasos pintados, candelabros de bronce, de labor y dibujo irreprochables, trípodes de lo mismo y magníficos tapices del Oriente. Lo que te he dicho acerca de la pureza y simplicidad de líneas de lcs edificios griegos aplícalo tambien á los objetos suntuarios que labraron y construyeron, y con ello tendrás idea del artístico conjunto que debia ofrecer un patio con peristilo, un triclínio ó una exedra en la habitacion de un ciudadano ateniense opulento y de gusto depurado. La escultura alcanzó en Grecia, como ántes he referido, un grado de perfeccion que no ha sido igualado y por lo mismo representó gran papel en todos los edificios. Hasta como miembro arquitectónico sustentante inventaron los artistas helénicos las tituladas *cariátides* ó figuras de mujer que aguantaban un arquitrabe al igual de las

columnas, como se vé en el *Pandrossium* de Atenas. Las estátuas allí puestas son ejemplares acabados en su género por lo bien plantadas, por la verdad y grandeza de los paños y por sus líneas ajustadas á los más rigurosos preceptos de la estética.

Fig. 15.

Poco se sabe por lo que toca al aspecto exterior de las casas griegas. Al igual que en toda esta materia las frases sueltas de algunos autores y las congeturas sacadas de los escasos restos encontrados han servido de base para sentar algunas ideas. Segun el parecer de ciertos arqueólogos las casas griegas terminaron en azotea con antepecho ó baranda formada por balaustrada; otros, por lo contrario, opi-

nan que el tejado en dos pendientes fué la cubierta comunmente adoptada. Sábese que las casas de Tanagria en la Beocia y de Atenas tenian la fachada y vestíbulo decorados con pinturas exquisitas al encáustico y que á juzgar por textos de Teofrasto y de Homero enriquecian el frente de las habitaciones helénicas cuadros y objetos diversos, tales como escudos, guirnaldas, armas, coronas é insignias y símbobolos peculiares á sus propietarios. Era tambien costumbre en aquel pueblo colocar en la fachada de las casas un *Hermes* ó divinidad de los caminos, una columna dedicada á Júpiter Agatés ó protector de las vias y un poyo ó banco de piedra á donde salia la familia á curiosear ó á solazarse. Apenas tuvieron ventanas ni otras aberturas que dieran á la calle, y las ventanas, siguiendo la autoridad del erudito Winckelman, fueron redondas, ovales y cuadradas, cerrándose con postigos, cortinas ó rejas celosías en metal. Las calles, pues, de las ciudades griegas en donde no hubiere monumentos debieron distinguirse por una suerte de monotonía á propósito acaso para hacer valer más la grandiosidad y acabada traza de los templos, *agoras* ó plazas y de todos los edificios públicos.

Para Roma, en donde nos hallaremos en la carta siguiente, se despide tu amigo afectísimo.—F.

CARTA TERCERA.

EL OCCIDENTE EN LA ANTIGUEDAD.—ROMA.

Amiga mia queridísima: Hoy nos toca pasearnos por la antigua Roma; hoy nos toca averiguar cómo vivian los que fueron señores del mundo antiguo. Sé que á la sola palabra Roma se habrán agolpado á tu mente un tropel de recuerdos. ¡Cuántas veces me has oido hablar de Virgilio y Horacio con el calor del entusiasmo y cual si se tratara de gentes á quienes hubiese visto y conocido personalmente y hasta brindado por ellos con una copa de vino de Falerno en la mano! ¿Cuántas veces, salvando siglos, has puesto atento oido, con este sentimiento innato tuyo que percibe en seguida lo bueno y lo bello, para escuchar alguna de las descripciones de la ciudad eterna, de la ciudad de los Pontífices Romanos, de los monumentos y de las grandezas; monumentos y grandezas que debe al saber y á la munificencia de todos, absolutamente todos los sucesores de San Pedro! Es preciso, Teresa mia, haber recorrido el Foro y paseado por la Via Sacra, haber sentido en la colosal iglesia de San Pedro la sublimidad de las ceremonias católicas, haber visto un fragmento de la época de los emperadores romanos junto al palacio de alguno de los